

TE CONOZCO



La primera vez que la veo no siento que estoy conociendo a alguien. Siento que estoy recordando. No sé su nombre, nunca he escuchado su voz y, aun así, hay algo en la forma en que me mira que me resulta cercano. Como una canción que vuelve completa con una sola nota.

Nos presentamos, hablamos de cosas simples y reímos con una confianza que no corresponde a dos extraños. Ella termina algunas de mis frases. Yo sé cuándo va a apartar la mirada. Hay silencios que ninguno intenta llenar. Lo extraño no es sentirme cómodo con ella, sino tener la certeza de que ya he estado allí.

Después llegan los sueños. Una casa antigua, lluvia golpeando una ventana, sus manos sosteniendo las mías y una despedida que nunca consigo escuchar completa. Ella sueña lo mismo. Cambian pequeños detalles, pero siempre estamos nosotros, con otros rostros, llamándonos por nombres que ninguno reconoce al despertar.

Comenzamos a buscar respuestas y encontramos más preguntas. Fotografías antiguas con personas demasiado parecidas a nosotros. Lugares que ambos podemos describir antes de visitarlos. Recuerdos que aparecen cuando nuestras manos se rozan. Entonces entendemos algo imposible: aquella no fue nuestra única vida juntos.

Nos hemos encontrado antes. Más de una vez. En épocas distintas, con nombres distintos, bajo cielos que ya no existen. Siempre terminamos reconociéndonos. Siempre volvemos a querernos. Y siempre, en algún punto de la historia, algo nos obliga a despedirnos antes de tiempo.

Ahora la miro y comprendo por qué su rostro me parecía un recuerdo. Tal vez el destino no consiste en permanecer, sino en encontrarse tantas veces como sea necesario. Ella sonríe, como si también acabara de entenderlo, y me toma de la mano. —No sé de dónde —susurra—, pero te conozco de antes..